

Todo apunta a la ruptura de fronteras: el fondo atraviesa la figura y la figura traspasa el fondo, en un juego de planos interpenetrados. La libertad icónica de Toledo le permite plantar una estampita escolar de Benito Juárez –en varios trabajos desmitifica al héroe patrio– en medio de una muy elaborada superficie pictórica (por ejemplo, en «Juárez atraviesa el río de las calaveras rodantes» [1996], acuarela y témpera sobre papel).

Una desbordante sensualidad amenazada por lo siniestro: quizás sea ésta una de las claves de la obra de Toledo, un escenario en el que el sexo y la muerte disputan sin cesar (un símbolo estremecedor de esta batalla lo ofrece la litografía *Muerte con chapulín brincando* [1999], en la que un saltamontes se arroja sobre el pene erecto de un esqueleto que se lleva una mano al cráneo, mientras con la otra hace el inútil ademán de detener al bicho, desproporcionadamente grande).

El sexo, siempre el sexo, o más bien el falo, falos como espadas, omnipresentes, que a veces evocan los de los cuadros de Luis Fernández. Coitos bestiales –otra vez la disolución de los límites: se mezclan las especies–, insaciables conejos fornicadores, murciélagos con sus terribles alas desplegadas y un enhiesto pene humano (*Murciélagos* [1991], papel de cera), un cañón-pene (*El cañón de Juchitán* [1993], escultura, cera policromada sobre madera), un cardumen innumerable de peces-falos que asedian a una muchacha (*Mujer atacada por peces* [1972], óleo sobre lienzo).

Y la muerte, siempre la muerte interrumpiendo el festín lujurioso: la espantosa *Muerte grillo* [1990; técnica mixta sobre madera], que lleva un pequeño (para en su enorme tamaño) esqueleto humano en su espalda, o la que yace en *La hamaca (muerte blanca)* [1990; técnica mixta sobre papel], o la que acecha con forma de murciélago (*Murciélagos* [1990]; dibujo sobre cera).

Los insectarios, los bestiarios, conforman una iconografía dominante en la obra de Toledo. Sapos, serpientes, culebras, caimanes, conejos, onagros, vacas, toros, alacranes, perros, lagartos, tortugas, peces, chapulines (saltamontes), cangrejos, pájaros, avispas, se multiplican en sus cuadros, sus grabados, sus esculturas (el *Insectario* de 1990 [técnica mixta: papel amate encáustico], precisamente, multiplica y entremezcla bichos en un magma de pesadilla). En ocasiones son seres «reales» y en otras fantásticos, antropomorfizados o no, que parecen salidos del *Popol Vuh*, de las fábulas indígenas o del *Manual de zoología fantástica* de Borges, que Toledo ilustró admirablemente. Con frecuencia se registra un intercambio inquietante entre formas y actitudes humanas y las propias de insectos o animales que se aproxima a una metamorfosis kafkiana (por ejemplo, en la escultura en arcilla *Autorretrato [el viejo]*, de 1996).

La serie de los autorretratos, ejecutados en las más diversas técnicas, se encuentra entre los trabajos más valiosos de un Toledo que se muestra aquí perplejo ante su imagen y atormentado. Resultan paradigmáticos, en este sentido, el *Autorretrato-muerte*, de 1995, hecho en un pequeño biombo con temple y hoja de oro sobre papel japonés, y el *Autorretrato* de 1991, realizado con técnica mixta.

Pesimista ante la etapa histórica actual, Toledo tampoco cree que el arte sea capaz de cambiar el mundo: «Yo no creo que haya muchas posibilidades de supervivencia para nadie ni para nada; para la globalización ni para una respuesta a la globalización que incluyera la conservación, ni siquiera de la naturaleza... Hay una carrera hacia la destrucción total que no creo que se pueda parar con nada. La civilización tiene unos costos muy altos. En México se están talando todos los árboles, se están destruyendo los bosques, y así luego vienen los terremotos, las lluvias, los corrimientos de lodos, y todo se lo lleva el agua... Yo hago lo que puedo sin esperar efectos duraderos ni importantes. Hago estas cosas porque considero que es mi deber y porque en este momento del tiempo tengo medios para hacerlas».

Por eso, además de pintar, dibujar, grabar, esculpir, ilustrar y editar libros, crear obras temporales en arcilla que luego son destruidas por la lluvia o diseñar jardines con vegetación y estructuras de moldes de azúcar, Francisco Toledo, sin estridencias, casi en silencio, realiza una infatigable tarea de afirmación de la identidad zapoteca –patrocina la revista *Guchachi Reza (Iguana Rajada)*– y de promoción cultural. Ha fundado el Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca (IAGO), que posee una importante biblioteca de libros de artes y alrededor de siete mil piezas gráficas en todo el mundo; el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca (MACO); la Biblioteca para ciegos Jorge Luis Borges, de libros en braille; la Fototeca Manuel Álvarez Bravo y la Cinemateca El Pochote. Y ha prodigado su apoyo decisivo para la reconstrucción del convento de Santo Domingo, en Oaxaca, el rescate de los archivos históricos de esa ciudad, el desarrollo de arte y de la fecunda tradición artesanal de su pueblo. En contrapartida, rara vez aparece en actos públicos, concede entrevistas o asiste a la inauguración de sus exposiciones. Con la del Museo Reina Sofía de Madrid no hizo, por supuesto, ninguna excepción.